

**LA HORA
POPULAR**

Candidatos del FA

10 EXPRESIONES PARA UN OBJETIVO

Francisco RODRIGUEZ CAMUSSO, Hugo CORES, Reinaldo GARGANO, León LEV, Sergio PREVITALI, Carmen BERAMENDI, Alberto PEREZ PEREZ, Carlos PITA, Daisy TOURNE y Eduardo PLATERO.

Aportan sus vivencias, sus concepciones personales; nos hablan de sus costumbres, su quehacer, que a partir de diferentes enfoques, poseen un rasgo común: su identificación frenteamplista.



puedo dejar de reconocer que todo tiempo tuvo sus dificultades, pero que la gente joven hoy tiene dificultades mucho mayores que las que tuvimos nosotros. Veo a los jóvenes asediados por formas de propaganda sutiles y venenosas que vienen enlatadas desde el extranjero y que hacen de ellos su víctima predilecta. Por eso yo siento simpatía hacia la juventud y me preocupan sus problemas, y creo firmemente que no hay política posible ni camino posible para la redención de nuestro pueblo sin el protagonismo de los jóvenes.

— ¿Qué importancia le asigna al humor en su vida cotidiana?

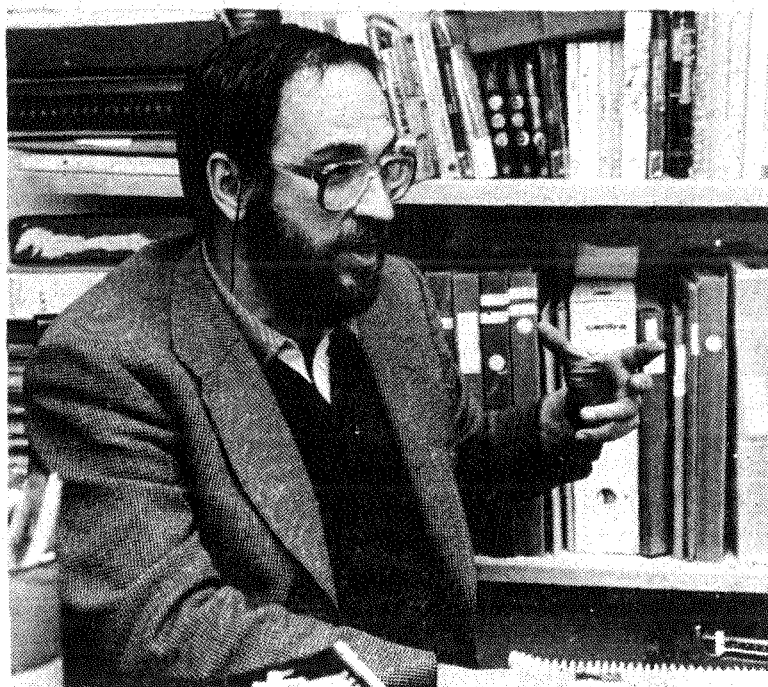
— ¡Mucha! Me divierten enormemente alguno de los chistes gráficos que se publican en la

prensa. Y en general, me gusta mucho el humor. Eso sí: a mí me gusta un estilo de humor que podemos llamar sutil o indirecto. Es ese chiste que uno escucha, camina y a los treinta segundos lo hace sonreír. En una palabra, me gusta el humor que produce la sonrisa, más que el que provoca la carcajada.

— ¿Etchegoyen fue quien dijo que era usted "la cabeza más brillante del parlamento"?

— El no me lo dijo nunca, pero me contaron que lo comentó alguna vez. Lo que ocurre es que un periódico adversario nuestro lo ha tomado como chiste a propósito del peinado que uso. Pero por lo que a mí me informaron en aquel tiempo, Etchegoyen lo decía en otro sentido.

“Estuvimos a prueba seis meses en el Frente Amplio”



Hugo Cores

Nació en Buenos Aires el 7 de noviembre de 1937.

Casado, tres hijos.

Es profesor de historia, egresado del Instituto de Profesores Artigas.

Fue presidente del sector banca oficial de AEBU y vicepresidente de la CNT.

Actualmente es secretario general del Partido por la Victoria del Pueblo.

La abuela de Hugo Cores, que por entonces no era su abuela sino una muchacha que andaba alborotando con sus buenas razones el gremio textil, fue a una reunión del Partido Comunista y

conoció al abuelo de Hugo Cores, que por entonces tampoco era su abuelo sino un hombre joven y un militante de vanguardia que había participado en la fundación del PCU. Se casaron

meses más tarde. Los padres de Hugo Cores se conocieron también en el ruedo agitado de la militancia política, y entre panfletos, pancartas y asambleas se dieron tiempo para verse más de cerca, hasta que el amor tomó por asalto los cuarteles de sus corazones, y por primera vez en sus vidas bajaron la guardia y se dejaron ocupar para siempre por ese bullicio de pájaros y ese pulso atropellado de los novios recientes. Se casaron meses más tarde. "Y es sólo por esas casualidades —se ríe Hugo Cores—, que todos en la familia fuimos siempre de izquierda por los cuatro costados".

Sobre la mesa de su escritorio hay un infierno estremecedor, como en todas las mesas de trabajo, pero aparte de los libros y libretas, de los borradores a medio escribir, de las biromes y los lápices y otros instrumentos de tanta utilidad sobre un escritorio, hay en una esquina una docena de pipas de distintos tamaños y formas diversas, unas bolsas de tabaco y una infinidad de encendedores a gas de todos los colores, que usa indistintamente, como le quede más cómodo, y que le hacen pensar a uno si el placer de los fumadores de pipa no radicará acaso en encender a cada instante la ceniza muerta que se esconde en ese recipiente de madera. Pero Hugo Cores dice que no, y muerde la pipa y suelta a veces algún humito azul.

Nació en Buenos Aires hace 51 años, pues sus padres, obreros textiles ambos, se fueron a trabajar al otro lado del río cuando por el 35 se dio en el Uruguay un bajón en la industria textil. "Pero regresaron casi enseguida —añade Cores—. Vivo en Montevideo desde los dos años y me crié con un pie en el Cordón, donde estaba la casa paterna, y con otro en el Reducto, donde vivía el resto de mi familia, una familia numerosa y muy unida. Mi abuela, que ya murió (y que dicho sea de paso fue la presa política más vieja de la dictadura: se la llevaron con 91 años), fue una luchadora de toda la vida, realmente un personaje del mundo de los trabajadores, quizá sin mucha ilustración, sin mucho libro, pero con una gran cultura humana".

Los orígenes anarquistas

- Contame tus orígenes anarquistas.
- Mi actividad gremial comenzó en el liceo 5, allá por el 51 o 52, vinculado a lo que fue la

huelga por la autonomía. Entonces comencé a simpatizar con las ideas anarquistas y durante muchos años fui anarquista de convicción y de acción. En el 56 participé en la fundación de la Federación Anarquista Uruguaya. Después entré a trabajar al Banco de Seguros, donde también desempeñaba tareas gremiales, mientras estudiaba el profesorado de historia en el IPA. Ya en el 61 mi anarquismo entró en crisis.

— ¿Cómo fue eso?

— Entró en crisis porque nosotros éramos un grupo anarquista que fue muy sensible a la revolución cubana desde sus orígenes. Eso ya constituía una heterodoxia, porque los anarquistas en general no aceptan una revolución que tome el poder: consideran que el poder genera distorsiones. El hecho es que adherimos a la revolución cubana, y cuando se definió marxista-leninista eso me llevó a una crisis no dolorosa, sino a un descubrimiento. Empecé a darme cuenta de ciertas cosas, descubrí algunos textos marxistas sobre la revolución cubana...

— Una ruptura sin traumas, entonces.

— Yo diría que fue prolija. Lo que me movía los esquemas eran hechos muy elocuentes, que no me ofrecían ninguna duda. No fue que un día descubriera un libro, sino que la revolución cubana estaba allí, con todo el empuje del primer momento, muy libertario, con enorme protagonismo popular y con recuperación de la mística revolucionaria de Lenin...

— Y así llegaste al marxismo...

— Nosotros habíamos tenido siempre una visión del marxismo que estaba vinculada, por un lado, a la versión tradicional del PCU, de Eugenio Gómez, y por el otro a la versión de Frugoni. Ninguna de las dos nos gustaban: una por estalinista y otra por reformista. De manera que teníamos prejuicios con respecto al marxismo. Sin embargo, a través de nuestras lecturas, descubrimos que el marxismo no era lo que sostenía Gómez ni lo que sostenía Frugoni. Luego conocimos al Che y eso fue decisivo en el proceso de formación de nuestro pensamiento. De todas maneras, la FAU, como organización, demoró en hacer ese proceso, que fue muy lento.

Creo, sin ninguna vanidad, haber sido el primero en recorrer ese camino. Entonces lo tomé como una ruptura individual me aparté un poco de la militancia política y me dediqué más que nada a la militancia sindical.



- Y mientras tanto revisabas otros materiales.

- Claro. En ese proceso fui descubriendo mucha cosa: Lenin ("El Estado y la revolución"), infinidad de cosas que yo había despreciado de la tradición marxista. O mejor que despreciado: ignorado olímpicamente. Porque vamos a entendernos: nosotros habíamos estudiado poco el marxismo.

De la ROE al PVP

- Parte de ese proceso culminó con la fundación de la Resistencia Obrero Estudiantil, ¿no es cierto?

- Exacto. Ya estamos en el pachecato y fundamos la ROE con Gerardo Gatti y León Duarte. Nosotros definíamos la situación del país de entonces de una manera que aún hoy me sigue pareciendo justa. Nosotros decíamos: estamos en un período de resistencia, que debemos superar para pasar a otro de rebeldía que nos conducirá a la revolución. Era una forma de intentar aproximarnos a la idea de etapas y programas distintos.

- ¿Qué querían decir cuando hablaban de "resistencia"?

- Defender las libertades democráticas existentes, impedir su avasallamiento. Tal vez no lo enunciábamos con claridad, pero se trataba de un programa democrático. Decíamos: aquí hay un gobierno que viola la propia Constitución, que atropella los derechos individuales. Resistámoslo, enfrentémoslo y, por esa vía, genere-mos condiciones que nos permitan pasar a otra etapa, a una etapa de rebeldía donde podremos aplicar otro programa. Ese era más o menos el

barrunto, acaso no expresado en esa época con suficiente claridad.

- ¿Cómo ve ahora esa etapa?

- Hay algo que reivindicamos todavía, pero obviamente nos equivocamos en mucha cosa. En un período como ése nos ganó algo que tiene una raíz ultraizquierdista y también una raíz anarquista, y que es esa cierta aversión a la política, a la gran política. Entonces, cuando se conformó el FA nosotros decidimos no participar en el entendido de que a nuestro juicio era una respuesta exclusivamente electoral y que la situación en el país ya estaba madura como para otro tipo de respuesta. Nos equivocamos.

- Y ya en la dictadura se funda el Partido por la Victoria del Pueblo.

- Así es. En el 73 ya teníamos claro que los planteos y las definiciones de la ROE no alcanzaban para que siguiéramos haciendo política. Entonces comenzamos a trabajar con vistas a lo que sería la fundación del PVP.

- ¿Cómo se dio el acercamiento del PVP al FA?

- En el 77, en Europa, realizamos una conferencia bastante importante. Allí hicimos una autocrítica de lo que para nosotros en términos de estrategia y falta de definición ideológica, nos conducía a errores políticos. Ahí quedaron echadas las bases para una línea de aproximación al FA. A partir del 82 los vínculos se hicieron más estrechos y luego pedimos el ingreso al FA. Al principio estuvimos seis meses a prueba, hasta que demostramos buena conducta...

- Seis meses a prueba y supongo que sin derecho a reclamar despido, ni licencia, ni mucho menos aguinaldo...

- Sí -se ríe-. En esa primera etapa estábamos desprovistos de esos derechos. Pero la cuestión es que convencimos a los compañeros con nuestra buena conducta y aquí estamos.

"Nuestro partido ha estado siempre cargado de espíritu crítico y libertario"



Reinaldo Gargano

Nació en Paysandú, el 26 de julio de 1934.

Casado, dos hijos.

Fue secretario general de la FEUU, secretario general y presidente de la Asociación de Funcionarios Judiciales y, entre 1968 y 1970, integrante de la mesa representativa de la CNT.

Es secretario general del Partido Socialista del Uruguay y senador de la República por el mismo sector político.

Es candidato por el FA - PS como primer senador, en las próximas elecciones nacionales.

El timbre urgente del teléfono interrumpe la charla un par de veces: los periodistas quieren conocer su opinión acerca de los últimos acontecimientos en China, la nominación del Dr. Tabaré Vázquez como candidato a la Intendencia por el FA, su reciente viaje a Europa invitado por el Partido Socialista Italiano. En cada caso, Reinaldo Gargano se encoge de hombros, abre los brazos y se disculpa mirándome a los ojos con un aire cargado de resignación. Después de la última llamada enciende un cigarrillo, y antes de retomar la idea con la que venía vertebrando la respuesta inconclusa, adopta una decisión que celebro. "Ya no me ponga a nadie más al teléfono", le pide a su secretaria.

Alguien me había contado que en las sesiones parlamentarias y en las múltiples reuniones políticas de la vida diaria, suele decir aún "coste" en vez de "costo", y él mismo me confiesa que no ha logrado desprenderse de una costumbre que constituye para los españoles todo un ritual: almorzar a las dos y media de la tarde. Pero más

allá de esos tics culturales y ciertos giros del habla, productos de su prolongado exilio en España, Reinaldo Gargano es tan ostensiblemente uruguayo en su compostura sobria y su empaque entre melancólico y reflexivo, que a uno le cuesta trabajo imaginarlo en otro sitio.

Es hijo de un obrero ferroviario y una modista, hinch de Peñarol, vecino del barrio Sur, amante del tango y de la música popular. Cuando el mundo era más joven y él no vislumbraba todavía por qué puerta meterse para cambiarlo por dentro, solía aparecerse algunas veces, con su amigo Héctor Galmés, por un bodegón célebre de la Ciudad Vieja: "Las telitas". Después de unos vasos de vino, algo se les removía por dentro a esos muchachos inconformes, y entonces regresaban a la realidad y se agarraban a las patadas con los tarros de basura de las calles de Montevideo. Pero la actividad política y gremial encauzó poco después aquellos arrebatos juveniles hacia otros molinos más creativos. Desde entonces no ha dejado de estudiar la vida



y de proponer un futuro en el que los tarros de basura estorben menos en el corazón de los hombres.

Entre las siete y media y las nueve de la mañana de un día cualquiera, Reinaldo Gargano se despacha entero un termo de mate que lo ayuda a desprenderse del todo de la telaraña del sueño, consulta la prensa, escucha los informativos radiales y planifica el trabajo de la jornada, que no termina nunca antes de la medianoche. En los ratos libres —algún sábado, algún domingo— baja a la rambla con el mate y el termo, va de compras a la feria, vagabundea largamente, habla con los vecinos e importuna con sus preguntas a los pescadores absortos. "Y leo —agrega. Fundamentalmente temas de sociología y economía, pero también literatura de ficción. Lo último que he leído es *¡Bernabé, Bernabé!* de Tomás de Mattos y *La balada de Johnny Sosa*, de Mario Delgado Aparain. Ambas me parecen dos formidables aportes de la nueva generación de escritores uruguayos. *¡Bernabé, Bernabé!* es una novela de un notable empeño literario".

Los primeros pasos políticos

— ¿Cómo fue su formación?

— Cuando concreté el ciclo secundario, ingresé a la Universidad a estudiar Derecho. Aprobé hasta tercer año de facultad, y ahí me absorbí por completo la militancia sindical y política. Además, me casé muy joven, lo cual me obligaba a compaginar el estudio y la militancia con la necesidad de sostener a mi familia. Finalmente abandoné la facultad...

— ¿Se arrepiente?

— No, en absoluto. Creo que todo lo que he hecho estuvo dirigido a que me ocupara de lo que yo consideraba primordial de acuerdo al momento en que vivía. Sin embargo, he extraído de ello importantes lecciones, y por eso mi preocupación es que ayudemos a los militantes jóvenes de nuestro partido a que culminen la formación que han elegido, para que no tengan que vivir la experiencia que nosotros hemos vivido. Pero no me arrepiento de nada. Por supuesto que no.

— Vivían Trías, José Díaz, Raúl Sendic y usted. ¿Cómo recuerda esa etapa?

— Como un período muy entrañable, claro. Todos ellos, como es obvio, fueron compañeros del partido. Vivían fue el analista y el teórico de la revolución nacional, yo diría que el hombre cuyos trabajos nos convencieron para ingresar al Partido Socialista. José Díaz y Raúl Sendic fueron los hombres (en aquel tiempo los muchachos) que me afiliaron al PS en 1956. Los cuatro tuvimos una militancia conjunta y muy estrecha, hasta que se precipitaron los acontecimientos que llevaron a que Raúl Sendic se desvinculara del partido. Pero la ligazón con Vivían se extendió hasta que debí tomar el camino del exilio en 1974, aunque de todos modos nos mantuvimos muy en contacto. Desafortunadamente no pude reencontrarme con él porque murió antes de que recuperáramos la democracia en el país. Con José Díaz hemos hecho todo un periplo juntos en la vida. Desde la militancia estudiantil en la FEUU a partir de 1953, la militancia en la Juventud Socialista, en el partido, en la resistencia clandestina, en el exilio en Buenos Aires y luego en Barcelona, donde estuvimos hasta setiembre de 1984. Y ahora, por supuesto, seguimos juntos en el trabajo político del partido.

— ¿Tiene usted alguna influencia del pensamiento anarquista?

— Sí, así es. En 1950 comencé a estudiar en el IAVA, y mis contactos allí en materia política fueron inicialmente con la gente del Movimiento Libertario. Además, creo que en todos los socialistas de esa generación, y aun de las anteriores, hubo un hilo de vinculación con las ideas libertarias. Por eso nuestro partido ha estado siempre tan cargado de espíritu crítico y democrático.

De todo un poco

— ¿Cómo cree que lo ve la gente?

— Como una persona normal, como un ciudadano más, que de pronto habla en el Senado o en una tribuna pública, o que atiende los problemas de la gente en una comisión, o a quien ven naturalmente comprando los domingos en la feria, o en un ómnibus o caminando por la rambla.

— ¿Cómo definiría el "ser uruguayo"?

— El uruguayo tiene una honda tradición democrática y libertaria, y un profundo sentido de la justicia. Creo que tenemos además un alma cargada de nostalgias y de escepticismo, aquello

que Gramsci llamaba "pesimismo de la realidad y optimismo histórico".

— Tres personajes históricos: Napoleón, Bonaparte, Rosa Luxemburgo y Charles Chaplin. ¿Qué le dice cada uno de ellos?

— Napoleón fue un genio militar y político, que permitió a la burguesía nacional francesa consolidar su dominación. Rosa Luxemburgo es la conjunción de la inteligencia y la pasión, la mujer y la revolucionaria entera. Chaplin es el artista cargado de solidaridad humana, el hombre capaz de amaestrar pulgas con los ojos ("Candilejas", ¿se acuerda?). A mi juicio es uno de los pocos artistas que ha logrado atravesar el siglo y conmover a todas las generaciones.

— ¿Alguna vez se sintió "sudaca" en España?

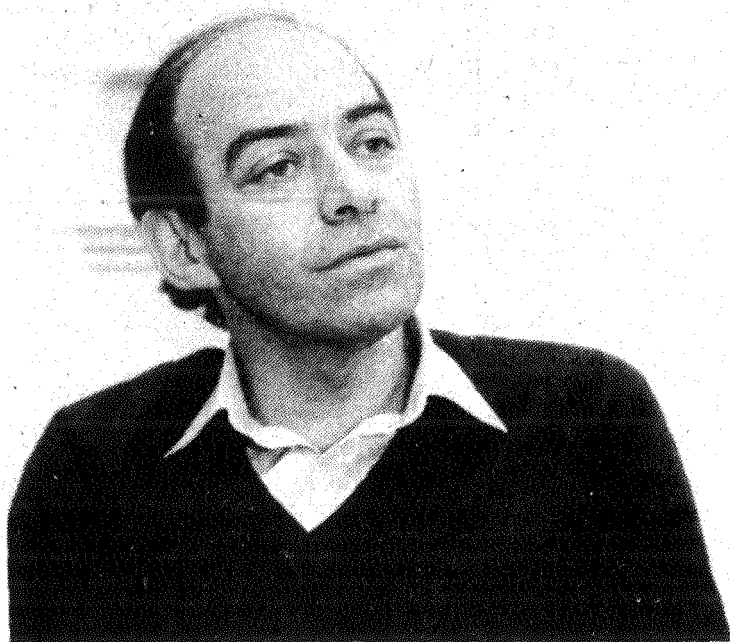
— Siempre. Y con todo lo que el término im-

plica en España. En el pueblo español hubo un magnífico despliegue de solidaridad hacia nuestro pueblo, aunque en algunos segmentos de la sociedad, que se nutren en la burguesía más retrógrada y en los sectores marginales, se generó una política xenófoba. Afortunadamente la mayoría de las fuerzas sociales son profundamente democráticas y libran una batalla constante con estos segmentos xenófobos y, en algunos casos, fascistas.

— ¿Qué es lo que más le seduce y qué lo que más deplora de la actividad política?

— Empecemos por el final. En el caso de quienes tenemos que desempeñar una actividad pública, lo que más nos afecta y deploramos es el carecer de privacidad. Lo que más me seduce, por supuesto, es la posibilidad de cambiar un mundo profundamente injusto, poco solidario, por un mundo nuevo, más confortable y humano.

"Un dirigente político debe hacerse querer"



León Lev

Nació en Montevideo el 28 de julio de 1944.

Casado, dos hijas.

Entre 1963 y 1969 fue secretario general de la FEUU.

En 1974 asumió la secretaría general de la UJC.

En la actualidad es miembro del ejecutivo del PCU.

Es candidato a diputado en cuarto lugar para las próximas elecciones de noviembre por FA - DA.

Dice León Lev que durante los años de la dictadura llevaba escrita en el corazón y despierta en la memoria una frase del Che Guevara

que en las horas más inciertas de la clandestinidad o la cárcel lo levantó en vilo para señalarle a cada instante el tamaño humano de un destino



irrenunciable: ser siempre un militante, pero sin perder jamás la ternura.

Y dice también que esos años fueron, inevitablemente, de una introspección necesaria. Si había que organizar la resistencia, la vida en la clandestinidad, en los cuarteles o las cárceles, eso suponía hacerlo con hombres y mujeres de carne y hueso, con sus esperanzas y sus zozobras, sus afirmaciones, sus miedos, sus múltiples contradicciones. "En ese sentido —agrega—, todo lo que padecimos en la lucha contra la dictadura nos ayudó a transformarnos, a desarrollar mucho más nuestra arista afectiva. Quizás en la adolescencia, en aquellos años de la primera juventud, inmerso en la vorágine política y social, uno privilegiara más que otra cosa el aspecto combativo, la entrega militante, sin reparar en que eso es indisoluble de una entrega fundamentalmente afectiva. Pero luego, en ese trance tan difícil que significó la dictadura, la reflexión se impuso naturalmente como una tarea insoslayable, y en esa práctica fuimos encontrándonos más con nosotros mismos. Era entonces una preocupación cotidiana —y lo es ahora, por supuesto—, el hecho de que un dirigente político debe demostrar no sólo su capacidad o su inteligencia, sino también su afectividad hacia los demás. En definitiva, hacerse querer. Porque nadie puede conducir un partido, un sindicato, una sociedad, si no es profundamente justo, si la gente siente que el dirigente político no tiene una profunda sensibilidad capaz de captar sus necesidades, sus preocupaciones, su estado de ánimo".

En cuarenta minutos de charla no resulta fácil conciliar la imagen de un hombre cordial, sonriente, de respuesta ágil y apariencia distendida (hace doce horas que anda moviéndose en el campo de batalla de un día políticamente muy ajetreado), con la otra imagen que también sobrevuela la figura pública que es León Lev: un hombre duro, inflexible.

—¿Inflexible? —me pregunta a su vez, entre sorprendido e incómodo por el adjetivo.

—No lo digo yo —me defiende.

León Lev se sonríe ligeramente, y antes de responder fija los ojos en un punto impreciso.

—No creo que sea así —dice—. Tal vez en un primer momento hace ya bastantes años, algunos me vieran de esa forma. Sin embargo, no creo tampoco que haya sido esa la constante de mi imagen política, pública. Te hablaba hace un

momento acerca de los cambios que se produjeron íntimamente en muchos de nosotros durante los años de la clandestinidad y la cárcel, a partir de una reflexión que sentimos muy sincera. En mi caso personal, creo que esos cambios han sorprendido a mucha gente. Si alguien pensó que después de tanto sufrimiento podíamos salir de la cárcel "endurecidos" (y estoy usando el término obviamente en el sentido en que tú lo empleaste, no en el de firmeza, que es algo muy distinto), se equivocó radicalmente, porque lo que ocurrió en verdad fue al revés. Entre otras cosas, el libro *Cartas desde mi celda* creo que ha contribuido a mostrar una imagen más real de mi personalidad. Quiero decirte además que a propósito de este tema tengo una actitud autocrítica permanente y valoro mucho, en primer lugar, la opinión de mi familia y de mis compañeros.

Por otra parte, no me desvela el hecho de "quedar bien", porque mis principios rechazan la demagogia, las falsas posturas. Creo que una de las facetas esenciales del ser humano —y mucho más en quien quiere dedicarse a la política y ser un revolucionario— debe ser la autenticidad.

—Te hacía esa pregunta porque hace unos cuantos años le oí decir a una militante comunista que cuando debía enfrentarse a ti para rendir cuentas sobre una tarea incumplida o cumplida a medias, solo podía encartarte si previamente lograba conjurar su temor imaginándote en calzoncillos; es decir, ni más ni menos que como cualquier otro mortal.

—Insisto en que ya no es así —vuelve a sonreír León Lev, abriéndose de brazos—. Además, lo cierto es que sería terrible para un cuadro político que sus compañeros de militancia le tuvieran temor. Que nos teman en todo caso nuestros enemigos, pero nunca un compañero, un amigo, un trabajador. Aquí puede venir cualquier compañero a plantearnos sus inquietudes y sus puntos de vista, que sin ninguna duda será escuchado. Y si no ocurriera así, estaríamos ante un comportamiento muy negativo, que no le haría ningún bien a nuestro partido y que en consecuencia habría que combatir.

"Estamos ante un mundo en ebullición"

Como cada mañana de su vida, León Lev se

ha levantado hoy a las 6:30, y luego de hacer gimnasia (una práctica heredada de la clandestinidad y de la cárcel que, aparte de mantenerlo en un buen estado físico, él define como "el mejor método natural anti-estrés") ha hecho varias cosas a la vez: mientras lee la prensa escucha los informativos, y mientras escucha los informativos desayuna, y mientras desayuna ya tiene un pie en la calle para comenzar otra jornada. Pero más allá de la prensa diaria, nunca olvida hacer un hueco en sus actividades para darse una vuelta por la esquina de la economía política o de la filosofía, además de pescar al vuelo cuanto libro de literatura caiga en sus manos.

En realidad, confiesa que preferiría más bien no estar preocupado por las noticias políticas de cada día, sino sentarse tranquilamente a tomar mate y escuchar a Gardel, Zitarrosa, la música popular uruguaya, Vivaldi o Beethoven, según el caso. "Pero aunque a los militantes políticos se nos haga a veces casi imperioso desenchufar la radio —dice—, las noticias están de todas maneras y el panorama cambia y se agita y hay que actuar".

Nació en el barrio Palermo, en la casa paterna, y vivió allí hasta que se casó a los 24 años. "Fue una niñez feliz, normal, en un hogar muy unido —recuerda—. Canchas de fútbol, la barra de botijas en la esquina, 'Las Llamadas', An-sina, Mediomundo...". Sus padres, de origen polaco-judío, emigraron al Uruguay antes de la segunda guerra mundial. "Mi padre —añade— decidió venirse para no hacer el servicio militar obligatorio dentro de un ejército con rasgos antisemitas bastante acentuados. El tuvo siempre una visión del mundo progresista, de izquierda (particularmente en lo que se refiere a la lucha antinazi), y eso fue pautando en un hogar trabajador como el que me crié —mi padre era carpintero—, un odio a la injusticia, al nazismo y a toda forma de explotación".

Su militancia política comenzó en la adolescencia, en secundaria, y a partir de entonces no ha parado. "Hice hasta cuarto año de Ciencias

Económicas y era por cierto un estudiante aventajado, pero en determinado momento debí optar en favor de lo que siento como mi vocación más acendrada: la entrega a una causa social, a mi partido. No me arrepiento de eso. Creo que en el transcurso de mi vida he aportado a la sociedad un compromiso con la causa de los trabajadores, que es en definitiva una de mis mayores felicidades".

—¿Nunca te sentiste desalentado al punto de decir "no puedo más y aquí me quedo"?

—La verdad es que ese poema de Goytisolo, "Palabras para Julia", nos acompañó mucho en la clandestinidad, en la cárcel. Naturalmente, los estados de ánimo son fluctuantes, pero sin ninguna jactancia puedo decirte que jamás me sentí desanimado a tal punto.

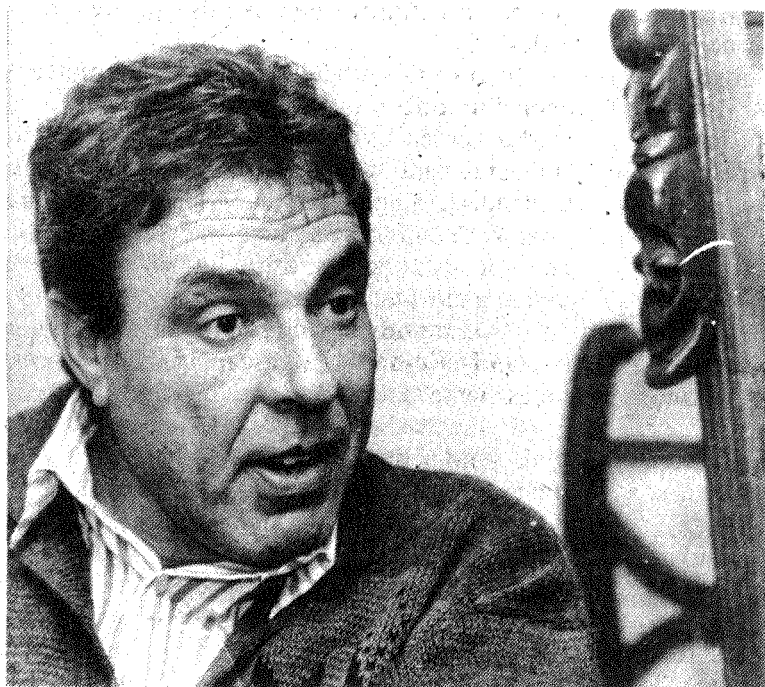
—¿Cómo pudiste sobrevivir tanto tiempo en la clandestinidad? ¿Te escapaste varias veces, no es cierto?

—Sí, muchas veces. Eso se lo debo a mi disciplina y mi actitud vigilante, pero también al heroísmo de muchos compañeros, algunos de los cuales pagaron incluso con su libertad la adhesión a nuestra causa.

—Da la impresión de que en los últimos tiempos el PCU está discutiendo ideológicamente con más vigor...

—Es lógico, porque estamos en un momento crucial de la humanidad. Estamos no solo en vísperas de la culminación de este milenio, sino ante un mundo en ebullición, en transformación, en revolución. Hay por un lado una crisis significativa del sistema capitalista, y por el otro está todo el tema del destino de la humanidad. Y estamos también ante un socialismo que busca un nuevo desarrollo sobre bases autogestionarias, desplegando al máximo sus fundamentos democráticos y potenciando su espíritu humanitario. Y eso, naturalmente, como en toda crisis de desarrollo, se hace en medio de contradicciones. Yo tengo la certeza de que se llegará a una síntesis dialéctica superadora y no negadora de la esencia del socialismo.

“D. A. significa una garantía dentro de la pluralidad del Frente Amplio”



Sergio Previtali

Nació en Montevideo el 30 de julio de 1939.

Divorciado, dos hijos.

Entre 1966 y 1971 fue diputado por el Partido Colorado.

En 1971 fue fundador del Frente Amplio.

Es secretario general del Movimiento Pregón.

Es candidato a diputado en las próximas elecciones nacionales por el mismo sector en la coalición Democracia Avanzada.

Sergio Previtali es un hombre alto y corpulento, de risa franca y aspecto juvenil. Lleva un buzo de colores y una camisa a rayas, y es evidente que le gusta vestir bien. Antes, en su época de montevidiano irremediable, cumplía con las formalidades rigurosas del traje y la corbata, pero desde que se hizo hombre de campo abandonó para siempre esa tiránica costumbre ciudadana. "Si acaso puedo transar ahora con un saco sport", dice. "Pero ni en el parlamento volvería a usar corbata".

Su vida personal ha sido signada por tres acontecimientos que él se ocupa en señalar: la revolución cubana, que le abrió en su juventud una ventana de rachas frescas para repensar el futuro de América Latina; el pachecato, que lo alejó definitivamente del Partido Colorado y le permitió vislumbrar en el Frente Amplio —del cual es fundador— un camino hacia el cambio; y su experiencia, desde 1973 hasta ahora, como pequeño productor rural en la zona de Canelones. "Los años que he vivido en San Ramón han

sido muy importantes para mí. Ahí tomé contacto con una realidad que entonces desconocía: el interior del país, la vida dura de la gente que trabaja pequeñas extensiones de tierra".

— ¿Fue una especie de exilio?

— Así es. Aunque mucho más dorado que otros, por supuesto. Ocurre que en 1973 me vi embretado por una realidad difícil: la posibilidad de que me llevaran preso, oirme fuera del país. Descarté de inmediato la opción de abandonar el Uruguay, así que me transformé en productor rural.

Cuando llegó a San Ramón y fundó "La motuca", un tambo con 50 vacas lecheras que le ha permitido un medio de vida ("aunque ya voy en la tercera refinanciación", explica), no sabía ni siquiera cómo ordeñar, "ni cuántas tetas tenía una vaca". Ahora conoce el paño y se revuelve como todos en los sacudones de la crisis: épocas más o menos buenas, tiempos difíciles, actualmente los rigores de la sequía que pone en jaque a tantos pequeños productores. Y aunque tiene la



cara curtida por la intemperie y cierta cadencia apaisanada en la forma de decir, se aparece de pronto con un mate listo en un vaso de vidrio que haría recular de espanto a sus vecinos de San Ramón.

— Es todo un sacrilegio, ya sé —dice como arrepentido. Pero lo que pasa es que todas mis cosas las tengo allá afuera.

Ahora va poco a "La motuca", pues las actividades políticas le absorben en Montevideo casi todo su tiempo.

— Antes venía a descansar a Montevideo. Ahora es al revés: voy a descansar allá. Me llevo un montón de libros y estoy dos o tres días leyendo historia, sociología, economía, literatura...

— ¿Qué quiere decir "motuca"?

— Así le llaman en el norte a esas moscas insistentes y testarudas. A mi madre, a veces, también suelo decirle motuca —se ríe—. Pero por lo general se refiere a ella como la doctora o doña Alba.

— ¿Te molesta que en algunos círculos políticos sigas siendo todavía el hijo de Alba Roballo?

— No me molesta, no. Además, creo que eso ya es cosa del pasado y que desde hace unos cuantos años tengo mi propio perfil como dirigente político.

— ¿Cómo influyó tu madre en la decisión de que vos te transformaras en dirigente político?

— Es obvio que su influencia, su conducta y su vocación políticas, condicionaron gran parte de mi vida. Y también, claro está, la militancia de mi padre. Pero la influencia decisiva no estuvo en el ámbito familiar sino en la calle, en el tiempo que me ha tocado vivir, en las injusticias con las cuales uno se tropieza todos los días y lo sublevan. En la certidumbre, en definitiva, de que hay que cambiar este mundo para que sea más justo.

— Tu madre y vos han seguido prácticamente el mismo camino político.

— Efectivamente. Cada uno hizo su propio análisis de la realidad y arribamos a las mismas conclusiones. Nos fuimos del Partido Colorado (y no fue para nada fácil adoptar esa decisión), porque advertimos que el Partido Colorado no encarnaba una herramienta de cambio capaz de dar respuesta a las urgentes demandas populares. Entonces encontramos nuestro lugar de lucha

dentro del Frente Amplio.

— ¿El paso a Democracia Avanzada te resultó tan difícil como abandonar el Partido Colorado?

— De ninguna manera. Fue un paso que dimos naturalmente, muy en consecuencia con nuestros principios. Para nosotros Democracia Avanzada (por la trayectoria incuestionable de sus dirigentes y militantes), significa una garantía dentro de la pluralidad del Frente Amplio. Compañeros como Rodríguez Camusso y Germán Araújo, por no mencionar sino a dos dirigentes de primera línea, constituyen para Pregón esa garantía de que el FA, en su pluralidad sana y enriquecedora, no se desviará de las propuestas que sustenta y que son su razón de ser en el panorama político uruguayo. De modo que estamos en Democracia Avanzada por convicciones profundas y no por circunstancias electorales. Y de a poco, lentamente, Pregón va delineando su perfil dentro de Democracia Avanzada.

El primer desproscripto del Frente Amplio

— ¿Sentís que estás empezando nuevamente como dirigente político?

— En política no hay nada absoluto: siempre se está empezando. En mi caso particular, nunca dejé la militancia. Pero ahora tenemos por delante las elecciones y la responsabilidad de demostrar la presencia de Pregón en el espectro político uruguayo. Es un desafío que aceptamos con gusto.

— Fuiste diputado entre 1966 y 1971.

— Sí, efectivamente. Y resulté electo como producto de una de las primeras luchas contra Jorge Batlle dentro del Partido Colorado, que fue por cierto mucho más afortunada para nosotros que lo que le ocurrió recientemente al Dr. Tarigo. A la muerte de Luis Batlle, se da una lucha interna por el poder en el Partido Colorado. Jorge Batlle, que era entonces diputado, trata de imponer su liderazgo. Crea el grupo "Unidad y Reforma" y vamos a una elección interna, en la cual el grupo mayoritario resultó ser el de Glauco Segovia, y luego Pregón.

— Después vinieron las elecciones del 71...

— Y dejé de ser parlamentario y me convertí, durante la dictadura, en un hombre de campo.



En esas elecciones Zelmar Michelini salió senador por resto. La lista a diputados iba encabezada en primer lugar por Hugo Batalla y en segundo lugar por mí.

— **El primer desproscripto del FA. Contame esa historia.**

— Es toda una historia, por cierto. Resulta que un día de 1981, yo estaba arando la tierra en San Ramón y vi de pronto que se acercaba un jeep de la policía.

Me tomé el rápido de San Ramón

— **Y habrás pensado sin duda que no venían en son de paz...**

— Claro, como me ocurrió tantas veces durante esos años. La posibilidad de que me llevaran preso estaba a la orden del día. Pero el hecho es que se baja un oficial, me pregunta si soy Sergio Previtali, le respondo que sí y me entrega un sobre en el cual me anuncian que había sido desproscripto. Le dije al oficial que sin duda era un error, que yo no había renunciado a ninguno

de los principios por los cuales me habían proscrito, que era del FA y que seguiría siéndolo, y que por lo tanto no aceptaba la desproscripción. El hombre se fue un tanto confundido y yo me tomé el rápido de San Ramón (que demora casi tres horas para recorrer 80 kilómetros hasta Montevideo). En esa época la información era muy escasa, de modo que la desproscripción podía prestarse a equívocos. Así que esa misma noche, en Montevideo, fui a una reunión clandestina de la mesa política del FA que se realizaba en casa de Rodríguez Camusso, y puse a consideración de ellos una carta en la que le anunciaba al ministro del Interior de entonces que no estaba dispuesto a aceptar mi desproscripción mientras tantos compañeros del FA estaban presos o en el exilio. La mesa del FA me prestó todo su apoyo y la carta fue publicada un día más tarde por el diario "El Día".

— **Pero te desproscribieron lo mismo.**

— Sí, claro. Te proscribían sin tu consentimiento y te desproscribían también sin tu consentimiento. Pero recordada desde el presente, la historia no deja de ser divertida.



DOMINGO 10 DE SETIEMBRE DE 1989